



Poesía de Carlos Francisco Monge

Abismo siempre

Por Carlos Francisco Monge

Nadie nos ha devuelto ese silencio que de pronto queda entre las manos como un abismo de luz que nos acaba. Nadie nos ha dicho que la muerte es honda y que jamás llegaremos al sitio donde la noche cesa.

Hay una lenta espera que nos llama a comenzar de nuevo donde todos los sitios se entrecruzan, hay un vacío que llenamos siempre con la sombra que en los huesos crece. Y a pesar de la nada hay un último viaje que forjamos, sin comprender la lluvia ni la quietud del ojo en la ceniza.

Y nos tendemos simplemente absortos de nombrar las cosas como siempre, sin conocer el nuevo instante de fundir los ojos y contemplarnos desde el fondo de la sangre. Y nadie ha comprendido ese color del aire cuando el cielo gira ni ha dicho que un abismo nos recorre siempre.

Balada de la agustía

Por Carlos Francisco Monge

Dios mío, hoy he tenido que anudar la muerte, y he puesto entre tus manos el peso de tu propia eternidad, y no has podido comprender por qué las cosas tienen su modo de morir a solas ni cómo en tu alegría había un abismo que llegaba a unirnos.

Y hoy hemos vuelto a contener la lluvia, hoy que mi cuerpo de nuevo ha sido algún minuto que quedó olvidado en tu reloj, hoy que tus ojos alcanzaron aquel extraño modo de mirar la muerte, en este instante en que tú vuelvas lentamente el corazón y cada hueso extraña tu silencio, en que ha caído el libro de tus manos y de pronto recuerdas que tienes que llamar tan de mañana.

En este instante lleno de luz bajo tus manos, mira qué poco han muerto mis rodillas y qué silencio ha vuelto a separarnos antes que fueras a cerrar los ojos y te durmieras en mi medialuz, mira qué grande ha sido el beso que fundimos en nuestro intento de volar sobre la muerte.

La sombra aprisionada

Por Carlos Francisco Monge

Porque las manos quedaron atadas a la muerte y no podemos ver cada mañana las cosas que nos miran a través de la lluvia ni sentimos el traje de sombra que llevamos. Porque de nuestros huesos afluye este silencio que recorre el cielo, y ya no basta el sencillo movimiento de un reloj perdido ni distinguimos el color de nuestros cuerpos en el abismo que queda en nuestras huellas.

Hay una corta eternidad en cada instante y descubrimos una línea que nos lleva al límite de todo lo que amamos y la luz es apenas un viaje en nuestros huesos.

Y así, en esta forma de cerrar la mano y aprisionar la muerte en donde sombra y luz agrandan la pequeña soledad, somos un nuevo punto allá en la lluvia, en el silencio, en la salida inabarcable de una puerta que abrimos sin notarlo.

Eternidad dispuesta

Por Carlos Francisco Monge

Me quedaré en tus manos para siempre como si fueras a palpar de pronto el cielo y no pudieras con el peso de tus ojos cerrados. Te quedarsá abierta a tanta luz que fuimos, tú y yo, cuando viajemos entre noche y noche hacia el endurecido palpitar de tu mirada. Escucharé la lluvia que en tu pecho había cuando niña, aquella dulce lluvia que cesó de pronto en el cansado golpe de tus labios.

Vendrá el momento en que quedemos solos ante el silencio que una vez herimos y no tendremos más que levantar la frente.

Y un día llamaremos a ese mundo donde una mano está tendida y nos espera, y no se escuchará sino la luz de tu garganta y buscaremos ese sitio unido por un hilo de silencio que tuvimos siempre.